



“El latinoamericanismo de Leopoldo Zea”

p. 643-648

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



El latinoamericanismo de Leopoldo Zea*

643

Diez son los ensayos que constituyen el contenido medular de este libro de Leopoldo Zea que hoy presentamos y que ostenta este significativo título general: *Descubrimiento e identidad latinoamericana*. Me siento satisfecho por hallarme en este recinto honrando al maestro y al director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos que tenazmente recorre los surcos políticos, sociales, económicos e históricos del latinoamericanismo, con sus cruciales problemas relativos a nuestra identidad, mestizaje e integración; mas el hecho de que lea estos trabajos críticos del doctor Zea y me solace y enriquezca con ellos, no puede significar que no señale durante mi exposición crítica alguna que otra ligera discrepancia respecto del texto. Todos los ensayos incluidos son reiterativos en ciertos puntos, dado que la obra de divulgación que realiza el autor en el extenso campo cultural de nuestra América, e inclusive en gran número de países extranjeros interesados por los problemas latinoamericanos, va apareciendo en revistas y publicaciones diversas, y en secuencia temporal distinta, lo cual contribuye a la reiteración indicada.

* Las páginas entre paréntesis se refieren a la obra de Leopoldo Zea, *Descubrimiento e identidad latinoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

Ante la imposibilidad de glosar el amplio abanico temático que aborda nuestro latinoamericanista en su excerpta, nos centraremos únicamente en algunos temas, a los cuales considero los de mayor importancia, dada la asidua repetitividad con que el ensayista se acerca a ellos, los estudia, analiza y pondera.

Con el llamado descubrimiento de América se inicia u origina, según Zea, el problema de la identidad no solamente para los iberoamericanos, sino también para los mismos españoles. Al descubrirse América, los descubridores interpretaron de acuerdo con sus prejuicios la realidad de las cosas y seres que les salieron al paso; es decir las calificaron de acuerdo con su perspectivismo y circunstancialismo histórico, encubriendo así, según la verdadera realidad, y no podían actuar de otra manera. El mundo americano natural y moral quedó así encubierto. El ejemplo favorito de Zea para ilustrar el caso es el de Ginés de Sepúlveda, que no concedía a los indios capacidad racional plena y los calificaba de homúnculos (hombrecitos), y en tanto que tales los condenaba aristotélicamente a la servidumbre. Pero aquí se trata de un caso de calificación particular, porque el más general pertenece al tenaz contrincante del humanista cordobés, al padre Las Casas, que les concedía racionalidad plena, y en su *Apologética historia* destaca ciertos aspectos culturales de las grandes civilizaciones indianas, superiores incluso a los poseídos por la egipcia, griega y romana. Con iguales conceptos generalizantes se expresaron Acosta, Sahagún, Torquemada, Gómara, Mendieta e inclusive cronistas e historiadores de la conquista como Cortés y Bernal Díaz.

Prosiguiendo en su investigación sobre la identidad de nuestra realidad latinoamericana, Zea nos hace observar una singularidad iberoamericana que nos hace diferentes de los pueblos asiáticos y africanos: la mestización racial y cultural provocada por los españoles. Tal miscegenación, a la que los peninsulares estaban muy habituados por siglos de convivencia con moros y judíos, dio por resultado en el Nuevo Mundo la presencia del hombre mestizo, supuesto ente híbrido, obligado a elegir dramáticamente entre dos expresiones de su identidad: indio o español, o pugna racial y cultural del nuevo hombre.

Como señalamos, Zea identifica el problema de la identidad entre españoles e hispanoamericanos. Los primeros se afirman en su ser aspirando al mundo moderno y progresista transpirenaico al que toman como *modelo*; los segundos aspiran a lo mismo teniendo como modelo al mundo progresista, moderno y exitoso allende el río Bravo. El anhelo de europeizar a España

tiene como correlato el deseo de sajonizar a Iberoamérica: Ortega y Gasset aconseja la recuperación de lo godo; Domingo Faustino Sarmiento, con lavado de sangre y cerebro mediante, la inmigración europea nórdica. Empero buscar modelos ajenos viene a ser como el hombre que perdió su sombra y busca agenciarse una de prestado; enajena su ser y pierde su realidad y única identidad posible, que no es otra sino la asunción de su mesticidad en tanto que supremo bien de su personal e intransferible idiosincrasia. Éste y no otro es el mensaje ínsito en la tesis latinoamericanista de don Leopoldo Zea. Como él sostiene, no es posible ni se trata de “renunciar a lo que se es para poder ser otra cosa, ya que se puede acrecentar el propio ser, ser lo otro (modernidad, progreso) sin dejar de ser uno mismo; ser otra cosa sin sentir vergüenza de lo que se es o ha sido; de lo que se ha sido y es como posibilidad de lo que se puede llegar a ser” (p. 20).

En la formación mestiza de nuestros pueblos (incluido el español, como apunta el autor) se encuentra el origen, la concepción abierta de libertad plural, que tipifica a nuestra democracia (p. 31). En suma, la cultura heredada y el extraordinario mestizaje conforman nuestra abierta y pues múltiple identidad, al paso que colaboran en el paulatino proceso de nuestra futura integración y en tanto que herederos de la matriz romana universalista y latina paridora de naciones.

Nos cuenta Zea que cuando en la Unesco se discutió la posibilidad de recordar, celebrar o conmemorar lo acontecido el 12 de octubre de 1492, los nacionalistas africanos, asiáticos y oceánicos, apenas si liberados y recién surgidos del opresivo y explotador coto del colonialismo, cuestionaron, entre extrañados y alarmados, que en los países iberoamericanos o, mejor escribir ahora, indoamericanos, se intentase festejar una fecha tan oprobiosa para la América Latina, pues en dicho día dio comienzo su esclavitud o subyugación. La rendición de cuentas que exigen hoy los pueblos recientemente independizados de África, Asia y Oceanía es una justa demanda que entendemos, pero que no nos compete, que nada tiene de nueva para nosotros puesto que las rendimos hace ya casi dos siglos atrás con matricida furia suicida.

Pero nuestro caso, como les explicó Zea, es muy distinto por la presencia de mestizaje racial y cultural que nos constituye, identifica, nos da rostro y nos saca del limbo histórico. De suerte que la fecha invocada debe ser para nosotros objeto de reflexión, no de festejo, pero tampoco de repudio. Conmemoremos, eso sí, un hecho que nos permitirá planear un futuro común, propio

“de pueblos integrados, ligados por una historia y una cultura de liberación que, quiérase o no, les es común” (p. 29).

Zea piensa, y piensa bien, que nuestra identidad no es algo que está aún por hacer; está ya realizada y pues existe como algo que debemos reconocer y aceptar haciendo frente a todos los prejuicios “impuestos por quienes hacían de nuestra peculiar identidad, justificación para imponer la propia” (p. 52).

Hacia mediados del siglo XVIII, así en la península ibérica como en la América hispana, se inicia un movimiento de independencia espiritual y política contra la anquilosada tradición imperial que culmina en el siglo XIX con el descubrimiento de la identidad hasta entonces oculta por sueños imperiales. En consecuencia, 1992 debe ser para nosotros, iberoamericanos y españoles, remacha el doctor Zea, el año en que los pueblos que forman esta gran región de allende y aquende el Atlántico realicen su propio y muy característico descubrimiento, en virtud del cual la vieja relación materno-paterna de Madre-Patria se transforme en relación fraternal de Patria-Hermana (p. 23).

Según el doctor Zea, y a continuación abordaremos otro punto temático de su libro, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón “será el punto de partida de la expansión europea sobre el resto del mundo, que de esta forma entra en la historia del viejo continente” (p. 31). Esta expansión, vista como lo hace el autor, desde el enfoque exclusivista latinoamericano, es considerada desde sus inicios como la resultante de la agresividad, la codicia, la ambición, la curiosidad y el espíritu de aventura de aquel puñado de hombres que, dirigidos por el almirante, salieron en procura del gran khan y descubrieron o tropezaron, sin sospecharlo siquiera, con un Nuevo Mundo. La interpretación de este expansionismo es correctísima, pero no deja de ser una visión reivindicatoria estrictamente americanista. El punto de vista histórico europeo coincide y acepta en principio tal explicación, en función de la cultura occidental común de europeos y americanos, pero la amplía presentando el proceso expansivo como la respuesta marítimo-técnica, económico-militar al acoso tenaz, desde el inicio de los tiempos históricos, de la barbarie africana y asiática sobre el oasis cultural-liberador europeo comenzado en la Grecia clásica, continuado por la Roma republicana e imperial y floreciendo tras angustiosas avalanchas de galos y de nuevos bárbaros nórdicos en una Europa ya cristiana asediada también por hunos, mongoles, tártaros, árabes y turcos (1453-1571).



Las hazañas marítimas portuguesas y españolas rompieron el estrecho cerco y permitieron por vez primera, después de muchos siglos de feroces luchas, que Europa respirase libre y ya sin temor, dada la superioridad técnica alcanzada, a las periódicas hordas invasoras. Desde Rusia, el conquistador Yermack, casi contemporáneo de Cortés, cruzaba los Urales y emprendía la marcha que finalizó en las orillas del mar de Japón.

Europa redondeaba así su forzada expansión y se liberaba de las *razzias* de escarmiento. La conquista y la colonización de América habían hecho posible la victoria y la supervivencia de nuestra civilización occidental, si bien a un costo dolorosísimo y terrible, que pagaron sin deberlo los indígenas del continente descubierto: los indios. Pero así es la historia, que no siempre funciona como quisiéramos que racionalmente funcionara.

Se aproxima más y más la fecha crucial conmemorativa y nos movemos incesantemente de aquí para allá sin una meta que alcanzar, simulando como Diógenes actividades sin objetivo ni alcances precisos. Que yo sepa, y hasta la fecha, sólo un hombre como es Leopoldo Zea se mueve con una intencionalidad latinoamericanista y colombófila que lo honra. El libro que hoy presentamos, y que, como otros ya aparecidos, suscita recelos y fingidas indiferencias, es una prueba de su entusiasta y fructífera actividad. Empero el doctor Zea puede responder como el clásico de siempre: “Ladran, amigo Sancho, luego cabalgamos”.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS